

Autor: Abilio Ayuso

LAS PUTAS

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



¿Cuáles son los límites de la prostitución, dónde empieza y dónde acaba?. A veces puede ser más honesta la pobrecilla que se exhibe bajo un farol que la señorona que sale de misa.

+16

Las vidas de Ramona y María habían coincidido algunos años, pero provenían de ambientes diferentes y posteriormente siguieron rumbos muy distintos.

Ramona quedó huérfana a edad temprana, consiguió una beca para estudiar en un colegio religioso y quedó al cuidado de un tío suyo que posteriormente se cobró sus desvelos con la virginidad de la muchacha que tuvo que añadir al horror de ser violada por su pariente el miedo a quedarse desvalida si le denunciaba.

Tampoco en el colegio le fue mucho mejor, como era una muchachita preciosa pero la simple sobrina de un don nadie, sufrió los abusos de un par de sacerdotes y un bedel, ¿Pero a quien se lo podía explicar... A su tío que también abusaba de ella?.

En cuanto tuvo la mayoría de edad a los dieciocho años se marchó con lo puesto y comenzó a trabajar en la cadena de montaje de una fábrica, pero una nena monísima, sin familia y que vive sola es carnaza para los cerdos de dos patas, harta de verse acosada en la empresa finalmente decidió que, por lo menos, el que quisiera gozar de sus encantos que pagara por ello y se dedicó a la prostitución pura y dura.

Como no deseaba ser esclavizada por ningún tipo de organización ni macarra alguno, se puso a trabajar por su cuenta alquilando un cuartito encima de un almacenucho en un lugar muy discreto de la ciudad.

Pero el destino no se lo iba a poner fácil, en una ocasión en que un cliente le ofreció pagar el doble por no usar preservativo se quedó embarazada, ni ella misma sabía porque había decidido seguir adelante con el embarazo, tal vez porque aquel bebé iba a ser la única familia que tendría en la vida, el caso es que no abortó.

Para vivir con su niño alquiló un modesto apartamentito en la otra punta de la ciudad, muy alejado de su lugar de trabajo, eso y los meses en que no pudo trabajar acabaron con sus ahorros porque, aunque sabía que hay hombres que sienten un gran morbo por las embarazadas no quería que el mantener relaciones con cualquiera pudiera dañar a su futuro hijo, todo ello acabó con su proyecto de montar una tiendecita lejos de su ciudad natal.

Posteriormente conoció un muchachote guapo y fornido, pero sin un gran futuro, una desdichada pelea había acabado con su oponente muerto al golpearse con el bordillo de la acera, eso y un par de robos sin importancia hacían que su expediente policial le impidiera encontrar un buen trabajo, finalmente se estableció por su cuenta como leñador, y de eso malvivía.

Por el contrario, María era hija de una familia “bien” muy conocida y respetada en aquella ciudad provinciana, entró en el mismo colegio religioso, pero pisando fuerte, y por supuesto, a pesar de ser físicamente muy agraciada nadie se atrevió nunca a propasarse con ella.

Se pudo graduar con honores en la universidad de su ciudad escogiendo la carrera que le apeteció, licenciada en Historia del Arte, a pesar de que sabía que apenas tenía salida laboral, pero eso no le importaba a una muchacha de familia rica como ella.

Sin embargo, su vida apacible y feliz sufrió un revés cuando su madre entre lágrimas le comunicó que su padre había realizado una serie de inversiones nefastas y al pretender rescatarlas se habían hundido más en la miseria, seguramente perderían todas las posesiones que les quedaban incluyendo el palacete en el que habitaban desde hacía varias generaciones.

Entonces fue cuando en la vida de aquella familia apareció Genaro, de la misma forma que los buitres huelen a los moribundos.

Aquel individuo era un industrial adinerado sin escrúpulos, que se había forrado explotando al máximo a sus desgraciados trabajadores.

Al enterarse por sus contactos financieros de que aquel magnífico caserón sería con toda seguridad subastado comenzó a poner sus ojos sobre aquel asunto, por si acaso podía ayudar a precipitar su caída, sin embargo, pronto sus astutos ojos se posaron en una meta más elevada, la hija única de aquella familia.

En otras circunstancias sus padres hubieran barrado el paso hacia su hija de un individuo como aquel, dieciocho años mayor que ella, feo, seboso, grosero y sin ningún atractivo físico ni moral, descontando su cuenta corriente.

Pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas así que, en lugar de rechazarlo despectivamente, tal como se merecía, incluso potenciaron sus encuentros.

A María se le hundía su mundo feliz, le horrorizaba pensar que tendría que vivir en un pisito de alquiler y que tendría que trabajar de cajera en un súper o algo parecido, se acabarían las vacaciones en lugares exóticos, su coche de lujo, el esquí, el club de polo, todo lo que daba sentido a su vida.

Pero lo que más le horrorizaba es tener que salir con la cabeza gacha de su círculo de amistades actuales todas ellas gente adinerada, se negaba por completo a que aquello le sucediera a ella y finalmente tomó una determinación.

Aquel día sus padres habían invitado a comer a Genaro y después de los postres cuando tomaban café en la sala desaparecieron para dejar solos a la pareja, allí fue cuando aquel aceitoso individuo le propuso matrimonio.

María estaba decidida a que, si tenía que claudicar con aquel engendro sería bajo sus condiciones, su respuesta fue amable pero seca: “Mi padre ya no está en condiciones físicas ni mentales para ser el cabeza de familia en esta casa, yo sólo me casaré con el hombre que demuestre que es capaz de tomar su relevo”.

“Y... ¿Como habría que demostrarlo?”.

“En principio retomando los negocios familiares y devolviéndoles su antiguo esplendor, y por supuesto manteniéndolos así o mejor”.

“Querida, tu no buscas un marido sino un Papa Noel”.

“Aunque estemos arruinados, en esta casa tenemos nuestra dignidad y orgullo, así que procura hablarme con respeto o haré que el criado que aún nos queda te eche a patadas, y en cuanto al palacete, que parece que también te gusta, puedes olvidarte de él porque antes de abandonarlo soy perfectamente capaz de fingir un accidente y quemarlo hasta sus cimientos, y hace tiempo que no pagamos el seguro”.

Cuanto más difícil se lo ponía más le apetecía al baboso de Genaro conseguir el pack completo con el caserón y aquel bomboncito de mujer así que acabó aceptando todas sus condiciones: Repondría el patrimonio familiar, la trataría con todo el respeto del mundo, no sólo ante la gente sino a solas, ella sería su digna esposa y no se prestaría a cualquier capricho que a él le apeteciera, le sería fiel y le daría hijos, pero no más de dos, se efectuaría un examen médico antes de la boda para asegurar que no padecía ninguna enfermedad contagiosa y si tenía algún devaneo con otras mujeres lo mantendría en absoluto secreto procurando además salvaguardar su salud, en los asuntos domésticos mandaría ella al cien por cien, incluyendo los hijos y las vacaciones y no intentaría menoscabarle ni un ápice de su libertad actual.

Todo ello quedó perfectamente dispuesto en el contrato matrimonial que firmaron y que en caso de incumplimiento representaría divorcio con unas condiciones leoninas a favor de ella.

¿Porque aquel individuo astuto y mezquino había aceptado todo aquello?: Porque se había encaprichado absolutamente de María y deseaba poseerla en exclusiva con toda su fría altivez.

La boda se celebró en la catedral y fue esplendida, la única nota negativa la dio la vulgaridad del novio, pero ya se sabe... Poderoso caballero es Don Dinero así que nadie se atrevió a poner la más mínima objeción.

María cumplió perfectamente su palabra y guardó fidelidad a su marido, pero cuando venía el muchacho que les traía la leña que alimentaba las chimeneas y hornos rústicos de la casa, con su camioneta desvencijada y oliendo a sudor, era ella la que se encargaba de indicarle como y donde quería que depositara los troncos y se quedaba supervisando toda la operación, al final le pagaba la leña y un extra por el tiempo empleado en colocar los troncos exactamente como ella quería.

Él se daba cuenta de la atención especial que despertaba en María, pero nunca hizo la más mínima insinuación ni sugerencia, simplemente dejaba que su cuerpo bronceado y sus músculos en pleno movimiento armónico hablaran por si solos.

Al acabar María subía a ducharse y cambiarse de bragas, si coincidía que su marido la solicitaba aquella misma noche se excusaba con un dolor de cabeza y posponía la relación al día siguiente.

Años más tarde coincidieron María y Ramona en el mismo banco del parque cuando llevaban a jugar a sus hijos, se reconocieron, se saludaron y entablaron conversación.

María sabía perfectamente a lo que se dedicaba su antigua compañera porque la había visto alguna vez al regresar a casa en su lujoso coche y comenzó el diálogo desde un plano de condescendencia y altiva superioridad diciéndole en un momento dado que era una lástima que no hubiera encontrado un empleo decente, pero se quedó helada cuando Ramona le contestó: “Si fíjate, parece que fue ayer cuando íbamos al colegio y ahora estamos las dos haciendo de putas”.

María enrojeció y le dijo: “Habla por ti, yo soy una mujer respetable dignamente casada por la iglesia”.

“Estamos solas, y yo no voy a repetirle a nadie esta conversación así que no hace falta que continúes con el papel, si me dices que te casaste por amor con ese engendro que tienes por marido no podré contener la risa”.

“En un matrimonio hay que pensar en otras cosas además de la belleza física, como la estabilidad y el futuro de los hijos”.

“En resumen... El dinero, es lo mismo que pienso yo cuando me follo a un tío, en los cien euros que me va a pagar”.

“¿Pero cómo puedes compararlo?, yo soy mujer de un único hombre y no tengo que acostarme con el primer cerdo que me pague”.

“Es verdad, tú tienes el cerdo permanentemente, ¿Sabes que me marché de montadora de su fábrica porque me acosaba?”.

“Algún motivo le darías”.

“Si, ser joven, atractiva y sin recursos y que pensara que necesitaba desesperadamente la mierda de sueldo que me pagaba, y no pienses que he sido la única, algún escándalo ha tenido que tapar con dinero tu flamante marido”.

“Tal vez sea verdad lo que dices, pero conmigo se comporta como un verdadero caballero”.

“Porque le tendrás pillado por los huevos con los niños y todo el rollo, pero si lo piensas tu situación, dejando aparte el puto dinero, es más digna de compasión que la mía”.

“Ah siiii... ¿Y de dónde sacas esa estúpida idea?”.

“Primera: Yo trabajo cuando quiero y con quien quiero, nunca he aceptado como clientes a mis antiguos acosadores, mientras que tu trabajas a tiempo completo”.

“Ser madre y esposa no es un trabajo”.

“Lámalo como quieras, pero yo sí quiero cerrar el fin de semana y me voy con el chico que me gusta”.

“¿Y qué gracia te debe hacer acostarte con un hombre, aunque sea guapo cuando es lo que has estado haciendo toda la semana?”.

“Que equivocada estás, mis clientes lo único que hacen es follarme, disfrutar y correrse, por supuesto que finjo pasión y hasta orgasmos, eso les pone, pero no son más que máquinas de chumba, chumba, mientras que mi chico me mimaba, me quiere y de lo primero que se preocupa es de que yo disfrute como una loca”.

“Muy hábil debe ser para hacer que una puta se corra”.

“No sólo es hábil, sino guapo y dulce, tú le conoces, es el chico que te trae la leña y sé que estás loca por él”.

María se quedó pálida como un cadáver, le avergonzaba horriblemente que sus sentimientos se transparentaran de aquella forma, finalmente con un balbuceo dijo: “No es verdad que esté loca por él, es simplemente el contraste, me hace gracia porque es mucho más paleta que mi marido, más rústico”.

“Y más guapo, más alto, más fuerte, más hombre en todos los aspectos, y más caballeroso, porque aunque sabe que babeas por él nunca te ha rozado, mientras que el cerdo de tu marido en su día me metió mano hasta en el carnet de identidad”.

“No digo que no tengas algo de razón, pero en la vida a veces hay que sacrificarse por algo más importante que nosotros mismos, ósea los hijos”.

“Tu no tenías hijos por los que sacrificarte cuando te casaste con él, te sacrificaste por el puto dinero, pero ya que hablas de los hijos... Para que crezca un buen árbol hace falta no sólo una buena tierra sino una buena simiente, no quiero poner el dedo en la llaga pero no se puede negar que tus niños son hijos de su padre, con todas sus consecuencias, les has dado dinero pero les has negado el que sean unos hombretones que quiten el hipo”.

“En fin, que le vamos a hacer, la vida es así y a lo hecho pecho, tu volverás a tu esquina y a tu amante guapo y yo a mi esteticista, mis vacaciones en el Caribe y lo que se me encapriche”.

“Si, mientras no se te encapriche compartir la cama con un hombre guapo. Pero vamos a dejar de atacarnos, que es lo que llevamos haciendo todo el rato”.

“Tienes razón, no debí llamarte puta”.

“Ni yo decir que tú también lo eras, pero que conste que empezaste tú”.

“Pues hala, putas las dos, cada una con sus pros y sus contras”.

Llamaron a sus respectivos hijos y se despidieron amigablemente, María nunca volvió a contratar al mismo leñador ni a preocuparse de cómo se apilaba la leña, dejando que lo hicieran los criados, pero si le volvió a llamar al cabo de dos años, cuando su marido falleció de un infarto.

Le habló con ese estilo directo y crudo que usaba en las grandes oportunidades diciéndole: “Te hago una propuesta, deja a Ramona y cuando pase un tiempo prudencial nos casamos, no tendrás que seguir cargando leña y tendrás un chorro de dinero, yo soy tan guapa como pueda ser ella y estando conmigo no sentirás la vergüenza de saber que a tu mujer se la ha pasado media ciudad”.

Él sonrió suavemente y contestó: “Contigo, aparte de que no te quiero y de que tal como te estás comportando me das asco, sentiría mucha más vergüenza, porque ella ha sido una puta honesta, prometía una hora de placer por cien euros y cumplía, mientras que tú te has pasado años fingiendo lo que no eras, además ayer nos casamos en el juzgado y mañana nos vamos muy lejos de aquí a montar un pequeño negocio con el dinero que hemos ido ahorrando, así que no me llames más, dejo mi profesión de leñador”.

María aquella noche lloró muy amargamente.

FIN...

Si esta fábula sobre los límites de la prostitución os parece exagerada, pensar en dos universitarios, ni demasiado guapos ni muy simpáticos ni con carisma, pero uno de ellos llega a las clases conduciendo un Ferrari Testa Rosa y el otro un Vespino, ¿Quién de ellos ligará más entre sus compañeras?, ¿Quién se podrá llevar a alguna de ellas a pasar un fin de semana en un hotel de lujo con la excusa de esquiar, o al yate de papá?.